

la justicia restablecería la paz entre vosotros. Procurad adivinar por qué los ha hecho Dios. Educad cada casta según su fin más conveniente, prestadles un rayo de vuestra inteligencia; dulcificad sus costumbres siendo dulces con ellos y sed mediadores y jueces entre todos. ¡Que desde el tigre que se arrastra hasta el pajarillo que vuela, se regocije cada animal al oír la palabra humana! y los voraces lobos saldrán de las selvas, y la cabra y el cordero se tenderán junto á ellos, y la sabiduría infinita restablecerá la primera armonía del Eden en todo cuando vive!

»No establecereis jueces ni reyes para vengar la justicia ó dictaros leyes; porque si elevais al hombre sobre el hombre, sea cualquiera el nombre sagrado con que el mundo lo designe, al ver á sus hermanos postrados de hinojos ante él, creará en su orgullo que es más grande que vosotros, leerá en vuestros ojos el yugo de vuestras miserias, y tendreis tiranos donde Dios quiere hermanos tan sólo.

»Si algún hombre hace el mal ante el Señor, no tengais ley ni tribunal para juzgarle; para vengar con la muerte la muerte de la víctima, no obliguéis al juez á cometer un asesinato legal; ignorad el nombre de ese hombre sangriento que castigando un desafuero parece incurrir en otro. Cuando todo corazón posee la ciencia del bien y del mal, el juez y el verdugo están en su conciencia: mientras el remordimiento no redima el crimen, la pena aplicada al culpable equivale al desmán cometido, y la justicia humana, creyéndose ultrajada por la ley de arriba, no se acalla en su corazón hasta haberse vengado!

»En cambio del perdón que el cielo nos concede, el don más bello del hombre es la misericordia; la debe á su hermano, á sí mismo, y al único que tiene sobre él derechos de juez y de vengador; la venganza ó el error inventaron el su-

plício, cuando este mundo vive de gracia y no de justicia.»

Así decía aquel libro, obedeciendo á la inspiración del que comunicaba su santo acento al santo anciano, y lo justo, lo bueno, lo honrado y lo sabio aparecía á sus ojos en cada página. Parecía que de estas brotaba un rayo de sol que, reflejándose en su nevada frente é iluminándolo con radiante aureola, trasformaba su palabra en persuasión.

Los amantes, sentados á los piés del buen viejo, observaban sin respirar el movimiento de sus labios, y admirando las maravillas de aquel mundo nuevo, creían recibir santas lecciones en sueños; y con frecuencia repetía el anciano á instancias suyas algunas frases que ensanchaban los límites de su alma; ¡Oh! ¡Qué delicias de aquel cielo en la tierra saboreaban entrambos á las plantas del anciano! Recibir á la vez en sus corazones confundidos la embriaguez de la vida y las leyes divinas, dar tregua á sus amores para caer en el éxtasis; ¡Ah! ¡Dios parecía otorgar entónces á aquellas criaturas más néctar del que puede contener el vaso, hasta el punto de hacerlo rebosar!

Cuando el divino lector cerraba el libro, Cedar y Daidha se retiraban á las enramadas cogidos del brazo, andando con lentitud, comentando en voz baja los divinos mandatos, complaciéndose en explicarse uno á otro lo que parecía oscuro para su inteligencia, y sintiendo un cariño inefable hácia un señor tan dulce y beningno; poníanse en seguida de rodillas ante la sombra de Dios, ó prosternado el uno y de pié el otro, se ensayaban en rezar así como el ave gorjea, y luego, cuando sus miradas se encontraban, cuando el grave reflejo de

las santas lecciones iba apagándose por grados en sus rostros, parecía como si hubiesen vuelto á la niñez, corrían para cogerse mutuamente y alegraban aquellos sitios empleando el día en juegos, risas, reposo y amor. De este modo corría como miel su vida íntima y el tiempo no tenía para ellos horas como sucede en el cielo.

Era la hora en que el crepúsculo hace que todo guarde silencio y palidezca, pareciendo desenrollar la noche del fondo de un santuario; en que el alma, como el árbol, difunde su sombra, crepúsculo flotante de sus impresiones; en que el pensamiento, concentrado en sí mismo, se repliega en íntima plática con el espíritu, y semejante al perfume que procura elevarse, quiere amar, ó cantar, ó rezar, ó soñar.

Los dos amantes, cansados ya de juegos y caricias, bariendo la florida yerba con sus largas trenzas, y rompiendo á su paso las ramas cargadas de frutos, se acercaban al antro en silencio, á la manera que dos santas criaturas se encaminan al umbral del templo con la vista baja. Aquel era el momento en que el santo prosternado les hacia dar gracias á Dios por el nuevo día que les habia concedido, y bendiciendo sus noches ante él comenzadas, les infundía santos pensamientos ántes de entregarse al reposo. Jamás habia tardado el divino anciano tanto como aquel día en acudir al encuentro de los esposos, intranquilos ya; los gemelos, satisfechos con el sustancioso alimento que les proporcionaban los abundosos pechos de su madre, estaban ya durmiendo; el rumor de su respiracion apacible, que hacia ondular los cabellos maternos, era el único ruido que denotaba su presencia. Los amantes, extrañando la tardanza del anciano, ibanse acercando más sin aguardar á que los llamara, y animándose mutuamente, subieron el escalon de la gruta, iluminada hasta el fondo por el último resplandor del sol poniente; al llegar á la entrada, apoyáronse contra los negros pilares del antro, y desde allí pudieron contemplar al anciano, sentado en el suelo en medio de él.

Tenia el santo libro cerrado sobre sus enjutas rodillas; su frente pálida estaba animada por la inspiracion; y coloraba sus salientes pómulos un ligero matiz de las rosas de la vida que subía desde su corazón, como el fugitivo adiós del sol en su ocaso colora el horizonte oriental con vivos y rojizos fulgores. Por el leve temblor de sus labios, más descoloridos que de costumbre, conociase que el anciano hablaba consigo mismo; más él, como si algun vivo resplandor le deslumbrara, no veía ningun objeto entre su alma y Dios.

—Y ahora, Señor, decía en voz baja, ha terminado mi carrera; mi viejo cuerpo está ya cansado; ¡ah! bien sabes que mis días han sido largos y pesados: ¡oh Padre! alíviame de tan penosa carga. Llama ¡oh Dios mio! á tí á tu siervo que desfallece: ya no bajaré á la tumba con mi secreto; ya no llevaré tu santo nombre conmigo. Junto á mí tengo dos corazones infantiles en quienes depositar tu herencia; tu nombre, salvado por mí del vasto naufragio, será para ellos la prenda de un mundo rejuvenecido. Así como ellos han nacido de mí, así tambien nacerán de ellos otros hijos; estos lo transmitirán á los hijos de sus amores; tu gracia extenderá su trama por el mundo, y tus adoradores serán hijos de mi alma! Basta ya; basta ya; rompe el vil eslabon merced al cual el mundo habrá transmitido al mundo tu nombre. La tierra está como en suspenso á esta sola idea, que ya no morirá, Señor; pues la urna se ha vaciado: la tierra ha bebido tu ley para vivir y florecer de nuevo: ¡gloria á tu nombre divino! ¡Tú vives..... ya puedo morir!.....

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, y en el instante en que bajaba los brazos quedándose en la inmovilidad de un santo recogimiento, resonó en los aires un sordo rumor parecido al vuelo repentino de las alas de la tempestad, cuando el relámpago y el rayo luchan bajo la nube y la mar hierva lanzando montes de espuma. El anciano se puso en pié de un salto, estrechó contra su seno al hermoso grupo, estremecido por tan insólito rumor, y los amantes y él fijaron en el cielo sus miradas.

No bien hubieron levantado los ojos cuando, con vuelo más estruendoso y más pronto que el relámpago, apareció en los aires una nave de estraña forma que, ocultando con sus anchurosas velas una gran porcion del cielo, fué á parar á sus piés sobre las gradas del antro, haciendo retumbar todo el monte al choque. Al punto salieron de ella tres hombres con la espada en la mano, los cuales se precipitaron sobre el viejo exclamando:

—¡Rebelde! Al fin confesarás á los dioses. La roca misma no ha podido ocultarte á sus ojos: en vano has puesto esta distancia entre ellos y tú: mientras has vivido para negar su poder, y tu mano traía desasosegado al mundo esparciendo semillas de duda y de impiedad; mientras tú le arrojabas desde las nubes las execrables páginas de tu libro infernal, has perturbado su sueño y amargado sus placeres: pero este momento devuelve la robustez y firmeza á su santo templo conmovido; ¡el libro! ¡entreganos tu vida ó el libro! ¡Monstruo, ¡invoca á los dioses ó ha llegado tu última hora!

Uno de ellos, asiendo de la garganta al anciano, alzó el puñal sobre su pecho, en tanto que los otros, recorriendo la sombría caverna, á la pálida y macilenta luz crepuscular, vieron el libro entreabierto á sus piés y descubrieron en un rincon á la temblorosa pareja.

Cedar, que los tomaba por potencias celestiales, estaba ante ellos como un hombre fulminado, y echándose á sus piés con la frente en el suelo, aguardaba sin murmurar que le encadenasen. Daidha, por su parte, refugiándose más y más en la protectora sombra y pegándose á la roca como una estalactita, estrechó á los gemelos contra su seno, como si quisiera defenderlos del puñal asesino, pero con tanta fuerza, que las criaturas sintieron durmiendo el vehemente abrazo de su madre, y dieron un leve grito que reveló su presencia. El primero que vió á Daidha quedó como el deslumbrado al contemplar sus facciones; la antorcha tembló en sus manos al examinar aquella belleza sobrenatural en una mujer, belleza como jamás se ofreció otra alguna á sus ojos en el cenegal de

este mundo impío y caduco. Con un ademan llamó á sus compañeros, los cuales temian acercarse á ella, ¡tanta gracia radiaba de su rostro, y hasta tal punto pasaron en un instante sus ojos, deslumbrados por tal aparicion, del odio al amor! ¡Oh! ¿Quién no habria admirado la imprevista maravilla que resplandecía á su vista?

Al notar que los miembros de la jóven temblaban bajo sus cabellos, aquellos hombres se acercaron más tranquilos ya, diciendo:

—Estos séres, de raza más pura, ¿son de nuestra misma naturaleza? ¿Son una hija y un hijo de los hombres de otra época, algunos de los cuales, segun se dice, viven errantes en los bosques, y que Adonai, valiéndose de sus mágicas artes, habrá hecho caer en sus lazos, reteniéndolos esclavos? ¿Será una aparicion fruto de su magia ó una creacion de su arte infernal? ¿Serán sombras que ha hecho surgir para recreo de su soledad, y que se disiparán y desaparecerán al acercarnos nosotros? ¡Oh! ¡Si pudiéramos arrebatarnos de este sitio, qué recompensas nos darian las reinas y los dioses!

Y alentada su audacia al decir esto, cogieron á Daidha entorpecida por el miedo; atáronla en seguida de piés y manos, cuidando de no apretar demasiado sus miembros delicados, como ata el pajarero las patas de las tortolillas temeroso de estropear el plumon de sus alas; dejaron sobre su seno á sus hijos que seguian durmiendo, y volviéronse en seguida á realizar su siniestro designio.

Sin hacer caso del puñal levantado por mortífera mano, tranquilo y orando con la vista fija en el cielo, Adonai parecia suspirar de anhelo por recibir aquel golpe que amenazaba su corazon, considerándose feliz con que aquella gota suprema de su sangre fuese una postrera blasfemia contra aquellos dioses falaces y cayese, inflamada de martirio y de fé, en la mano de Aquel á cuya ley servia de sello. Enfurecidos sus verdugos al ver tanta calma y serenidad, probaron á tentar su fé por la esperanza, y suspendieron momentáneamente aquella muerte.

—No; que decida él solo de su suerte; que sea su propio juez y su verdugo, dijeron.

Y en seguida le llevaron al borde del precipicio, al sitio en que la peña, más tajada y profunda, permitía que la vista llegara hasta el mismo fondo del abismo, allí donde las rocas inundadas por el mar se llenaban de espuma á más de cien codos de altura, y cuyo solo aspecto causaba irresistibles vértigos. Ciñéronle una cuerda á la cintura, y con una de sus puntas le ataron á la cresta de una roca de forma extraña, como se ata un cable á un mástil, y poniéndose todos de pié dieron un empujón al anciano, cuyo cuerpo se balanceó en el vacío hasta donde llegaba la cuerda. Vibró ésta con el peso del anciano, haciéndole chocar contra los ángulos de las peñas, mientras los eternos embates del mugiente cabo magullaron contra la roca sus miembros y su cabeza.

Aquellos hombres feroces dejaron que el santo viejo estuviese largo tiempo considerando el mar, la profundidad del abismo, cien muertes de una sola mirada. Veían como aquellas manos, separadas por el horror, aferraban las puntas ensangrentadas de las agudas rocas; cómo crispaba el instinto vital aquellos temblorosos y décrepitos miembros, y cómo se desprendían los blancos cabellos de aquella frente pálida; luego, cuando su crueldad supuso que semejante tormento había domeñado el espíritu y vencido á la naturaleza, inclinóse uno de ellos al borde del abismo con la espada en la mano, acercó su filo á la oscilante cuerda é introdujo en ella lentamente la mitad de la hoja.

—¡Adonai, le gritó, tu alma está pendiente de este acero! ¡Te suspendo de un hilo sobre el abismo y la muerte! Tu vida está en una sola palabra, di que te arrepientes, di que nuestros dioses son dioses, que el tuyo es un sueño; ó al punto hundo en la cuerda la otra mitad de la espada!

Una contracción de sus brazos imprimió una vibración á la cuerda al decir estas palabras, haciendo rebotar tres veces al anciano en el vacío en el que pendía su alma, y volviendo á atraerle mal herido contra la roca.

—¡Acabemos de una vez! Aguardo tu último grito, ¿Quieres hablar ó no? ¿Ves? La cuerda se deshace y el abismo vengador muge esperando su presa.

Pero el anciano, alzando la vista serena y dulce, contestó:

—¿Qué aguardais? ¡Dios mio, creo en vos! ¡Creía cuando moraba en la mansión de la mentira y del crimen, he creído toda mi vida, y ahora creo sobre el abismo! Elévese y reviva tras mí este solo grito: caigo con mi fé entera en la muerte que siento ya!

La única respuesta que obtuvo esta exclamación del generoso mártir fué el hundirse totalmente el cortante acero en la cuerda. Los verdugos asomando la cabeza á los bordes del abismo, vieron como se despeñaba, dando vueltas por el espacio, aquel cuerpo cuyos miembros desgarrados, cuyos cabellos y cuyas entrañas iban dejando ensangrentados jirones en las peñascosas paredes: largo tiempo estuvieron aguardando que el ruido terrible y sordo de su último choque subiera hasta ellos, y que resonó por fin en sus oídos remontándose desde el negro fondo del abismo; ruido tardío, pero terrorífico, como el eco del crimen; pero que aquellos hombres escucharon como pudieran haber oído cualquier otro rumor, sin que les infundiera espanto ni lástima alguna, bien así como el pastor que, sentado en la cumbre de las colinas, echa á rodar una piedra al fondo de la barranca, y oye resonar con indiferencia el ruido del cuerpo que cae y se hace pedazos en lo profundo del abismo. Una punta avanzada de los negros escollos destrozó el cráneo y con él la mente del anciano; la espuma del mar jugueteando en aquellos peñascos, traía y llevaba el mutilado cadáver, y las águilas, triturando aquel cráneo secular, llevábanse á su guarida largas tiras de su piel.

Los inhumanos asesinos volvieron á entrar un momento en la gruta, avivaron el apagado fuego del hogar, y entregaron el sagrado libro á las llamas página por página, viéndolo arder cual si fuese un tósigo del alma que difundiendo por sus corazones justicia y libertad, pudiera sacar la verdad del

sueño en que estaba sumida. Para que todo fulgor dispersado con él no dejase revivir un solo pensamiento, aventaron sus cenizas; pero el viento que Dios sopla y que engaña sus ojos, dispersó por el mundo entero las santas chispas de aquella ceniza abrazadora, cual sembrador divino que siembra donde Dios prescribe las simientes del espíritu para los pueblos futuros, de suerte que todas las naciones que el orbe encierra encontrasen más adelante en sus surcos el germen de aquellas semillas.

Entre tanto la pareja, testigo del martirio, lo había visto todo de lejos llena de terror; la voz de la víctima y el rumor de su suplicio, habían llegado hasta ella desde el fondo del abismo, y suponiendo con fundamento que iba á sufrir la misma terrible suerte que el anciano, cambiaba ya entre sí una mirada postrera; mas aquellos sangrientos hombres, mitigando su saña, abrieron sus rudas manos para coger los hermosos cuerpos de ambos esposos como se cogen dos pájaros sin estropear su plumaje; los levantaron del suelo, los sacaron fuera de la gruta, y tendiéndolos á sus piés en el fondo de la navicilla, hicieron que se remontase á los aires el oscilante esquife. Al sentir Cedar y su esposa que el suelo huía bajo ellos, creyeron que un ave descomunal los arrebató en su vuelo, y no acertando á explicarse tan extraño misterio se alejaron de la tierra dándole un eterno adios.

Ahora bien: aquellos carros, sublime invencion de los mortales, no eran, en las edades inmediatas á la creacion en que el arte conservaba su imperio sobre los elementos é imponía sus leyes á todo cuanto respira, no eran, repito, más que un arte humano, sagrado misterioso, como secreto divino conservado entre los dioses y cuyo prestigio tan sólo conocían los iniciados para que produjera á la vista el efecto de un prodigio. Ciertos esclavos adscritos al fementido culto de los dioses los custodiaban en la oscuridad de la más elevada torre: en las mayores solemnidades de aquel culto terrible, el carro se elevaba invisible durante la noche, y vivísimamente iluminado de pronto en la region de los aires, se cernía como

un sol sobre el pueblo asombrado y descendía al poco rato como si trajera á los dioses celestiales mensajes: la credulidad, hija de la supersticion y el servilismo, hacia que el populacho le mirara con tanto respeto como veneracion. Este arte, desaparecido, iniciose en Babel, y es el que busca todavía el mundo despues de diez mil años. Los hombres de aquel tiempo no habían tenido que hacer otra cosa sino mirar los aires para desafiarlos y aventurarse por ellos; el simple fenómeno de las alas del ave había servido de ejemplo á la ciencia humana.

El carro tenía los costados redondeados como los de las aves; en su reducida concavidad llevaba un aparato del que salía á invisibles oleadas un misterioso fluido más ligero que el éter y que flotaba en el vacío, sustentando el peso del esquife en los aires como las aguas del Océano sustentan el de las naves. Sus tripulantes, arreglando el motor á las condiciones de la masa, subían y bajaban á su albedrio por el espacio, se remontaban más allá de las nubes ó rasaban las cumbres de los montes; para allanar el camino del cielo á los nautas y preservar la barca de los escollos que pudiesen hacerla zozobrar, un piloto imprimía su marcha á la leve embarcacion. El hábil impulso de un segundo aparato hacia que el flotante carro siguiese el rumbo deseado: del centro de la quilla salía un mástil con una vela de finísima tela de seda y lino, y además en el remate de la proa había un gran fuelle movible que aspiraba el viento cual pulmon que se dilata, engolfaba en su seno una corriente de aire y trasmitiéndola á otro fuelle vacío colocado en la popa, le suministraba sin cesar el aire que de rechazo iba á hinchar la vela. Así, en virtud de un misterio supremo, un elemento servía para vencerse á sí mismo. Y el piloto sentado y puesta la mano en el timon, bogaba al soplo igual de aquellos dos pulmones.

Los amantes, sentados al pié del oscilante mástil y asomados al borde de la barquilla, flotaban sin poder darse cuenta del doble movimiento que los sepultaba en el oscuro espacio.

Los grandes balanceos de la ligera quilla, embates aéreos del vacilante éter, parecían lanzarlos de un astro á otro hasta los siete cielos, aturdían sus mentes incapaces de pensar, y los graves silbidos de la brisa nocturna avivaban, aunque sin despertarlo, su callado terror. Ora parecía encerrarles en su seno una lluviosa nube, y cual buque que zozobra en las cavernas del mar, hendían aquellas tinieblas palpables sumergidos en ellas, mientras sus cabellos, erizados de espanto, destilaban el agua del cielo sobre sus helados miembros; ora saliendo de pronto de aquel piélago de nubes, parecían como si las estrellas lloviesen sobre sus rostros; luego, á los procelosos vaivenes de las ondulaciones, los astros huían de constelación en constelación sobre sus cabezas, corriendo como la arena á las ráfagas del vendaval. No parecía sino que el cielo, entretenido en un horrible juego, se derrumbaba sobre la vela en partículas de fuego; pero la barca, recobrando en breve su equilibrio, y cerniéndose sin balancearse en el éter sereno y despejado, como nos mece un ensueño ántes de despertarnos, con imperceptible movimiento por temor de interrumpir nuestro descanso, hendía el horizonte, rápida como el pensamiento, sobre las elásticas ondas apenas agitadas.

Conforme se iba acercando la barca al punto de su destino, matizábase el cielo con las tintas de la aurora: la noche rodeaba ya sus bordes de una blanca aureola semejante á la leche pura que rebosa de una vasija oscura; las estrellas se apagaban en las alturas, como ojos que se cierran cansados de velar en los cielos; el sol, lejos aún de rasar nuestra tierra, en lugar de elevarse desde la nocturna techumbre, subía pálido y pequeño del abismo sin fondo cual ígnea roca lanzada por un cráter, y sus lejanos rayos, en nada reflejados, amortiguaban la lucha del día y la noche. Poco despues vieron los navegantes debajo de su esquife, rodeado ya de claridad, que, al través de la oscuridad, surgía de las vagas sombras un globo opaco, del mismo modo que al amanecer se ve surgir una isla del seno de las olas. Era la tierra, con las



La aérea nave descendió cual águila que divisa su presa

manchas de sus costados; sus venas de azuladas corrientes, sus montes de blancas crestas y su mar, que siendo el primero en recibir la claridad del día, brillaba en su noche como un lago de luz.

¡Tierra! gritó una voz, y por arte secreto aquella nave, que parecía extraviada en un mar sin orillas, descendió cual águila que divisa su presa, enderezó el rumbo hácia los montes y los mares, y dirigiendo la proa hácia los picos del Sinai, inclinóse sobre el lago Asphaltite. Desde la altura á que se hallaba oyó el rumor intermitente que producian las macizas oleadas de este mar al chocar contra sus orillas, notó, cómo subia hasta la vela el fresco viento de aquellas aguas, vió su vuelo reflejado en el espejo de sus ondas, y siguiendo el Jordán contra su corriente, encaminóse hácia sus fuentes, dejando atrás á Gad y Saphad. El santo río parecia presentir gozoso el porvenir que le esperaba, así como Genezareth, cuyo lago despedia brillantes resplandores, cual si sus aguas percibieran ya el rumor de los grandes pasos que, andando el tiempo, habian de consagrar sus santas playas!

Ya comenzaban á blanquear á la vista de los nautas las cumbres del Libano, que estos debian cruzar; ya percibian el inmenso y creciente murmullo que silbaba noche y día entre su cabellera, como un soplo lejano de la inspiracion que dierra el cedro á las arpas de Sion. Ya veian ondular á sus plantas el bullicioso mar de sus oscuros follajes. Ya descendia el astro solar hácia el occidente, cuando, sobre un valle oscuro y profundo, la barca suspendió de pronto su alada carrera, y así como el corsario de Hydra se oculta en una ensenada al abrigo de una roca hasta la hora en que la noche ofusca el blanco color de su vela, así tambien el piloto aéreo, rindiendo el mástil y plegando la suya, dejó que su esquife ondulara á los suaves balanceos del aire hasta que asomara la luna: mientras el barco flotaba á la ventura, los tripulantes tomaban un poco de alimento, y asomándose luego á los bordes de la embarcacion para entretener su ocio, contemplaban con mirada vaga y distraida cómo corrian los torrentes, cómo

descollaban los montes, y cómo revoloteaban las águilas sobre los abismos. Solamente los leones rugían á la sazón en aquellos sitios.

Cuando la noche renaciente oscureció de nuevo los cielos, la barca se remontó hácia la bóveda estrellada como un ave que parte de la rama en que se posaba, dobló la mugiente cumbre del nuboso Sannim, semejante á un gran promontorio que amenazaba el cielo, bajó por la opuesta vertiente del Líbano hácia la anchurosa llanura en que serpentea el Eufrates, y empezó á flotar sobre el cielo de los gigantes en las libres ondas de un éter trasparente.

Bajo su quilla ondulaba ya un vasto resplandor, cual fanal que oscila sobre el escollo; eran las mil luces de la inmensa Babel, que parecían un encendido volcan reflejado en el cielo. El esquife aéreo guiado por aquella llama, hacía mugir las ondas aéreas con su quilla; estremeciase el timón en la robusta mano del piloto, y por fin el barco se sumergió poco á poco en aquel cráter humano, del cual emanaba un ruido sordo y creciente parecido al de los grandes mares que azotaban sus riberas.

Cedar y Daidha miraban en torno suyo, no pudiendo adivinar de dónde procedía aquel ruido tumultuoso, y bajando involuntariamente la cabeza al oírlo, figurábanse que se acercaba una gran tempestad, y se admiraban de ver que la nave flotaba en un cielo de cristal, balanceada por un sopro siempre suave é igual. Pero aturridos por último, inclinaron el oído hácia el inmenso incendio, y en los procelosos embates de aquel ruido subterráneo, creyeron percibir el acento humano; cuanto más aumentaba en las nubes aquel bullicio creciente, mas sondeaba su alma tan desconocidos clamores.

Aquel estruendoso rumor era la respiración de un día que brotaba de noche de aquellos grandes muros habitados por una nación; era ese ruido intermitente de un millón de alientos que llenan de sonoros ecos las oleadas del aire cuando una colmena humana, ántes de entregarse al reposo, parece dar rienda suelta á las pasiones del día; sorda ondulacion

de ese mar de vida en que la onda de los sonidos va seguida de otra, en que el prolongado clamor, interrumpido por una pausa, hace vibrar ó contiene los latidos de las sienas; en que se oyen mugir, á lejanas bocanadas, tempestuosos rumores ahogados por otros; inextricable eco de sonidos, gritos y acentos cuyo ruido se percibe sin comprender su sentido.

Tal se elevaba del seno de la distante ciudad el ruido cuya causa deseaban conocer los dos esposos; pasos de un pueblo numeroso que hacen retremblar el suelo, golpes sonoros del hierro sobre el metal que se estremece, fragor eterno de los carros en la cantera, corriente del río encajonada entre sus márgenes de piedra, nutridas orquestas que repercutían en el aire melodioso y en metálicas voces los deleites de los dioses; monótono suspiro del hambre que mendiga, atronadoras excitaciones á la matanza, al incendio, rumores en fin que se elevaban confundidos al tranquilo seno de los aires, formando un solo sonido de tantos sonidos diferentes. Oíase también estrépito de palos y cadenas, horribles estertores de víctimas humanas, gritos de angustia de la madre de cuyo seno querían arrebatarse el hijo á quien amamantaba para quitarle la vida, ó de la virgen arrancada de los pilares á que se abraza con vehemencia para que satisfaga el lascivo furor de sus raptos; motines cautelosos, asaltos, sediciones, imprecaciones aplausos, voces desgarradoras, estrepitosas carcajadas y luego, así como á orillas del mar el viento pausado y sordo empuja contra el escollo una oleada pesada y anchurosa tras la cual se precipita otra rompiéndose contra el mismo escollo con atronador estruendo, así también brotó del seno de un silencio en que todo rumor espira, un inmenso clamor exhalado por el pueblo entero con fragor tempestuoso clamor que haciendo temblar el aire como una onda sonora, asfixiaba al ave en los fuegos de la aurora. Al resonar aquella gran voz, el espíritu de los dos amantes daba vueltas en su cerebro, y su corazón tembloroso, encogido de espanto, sentía el golpe de rechazo de cada ruido de la tierra, sus sienas se olvidaban

de latir, y juntamente con tan inusitados sonidos recorria un agudo escalofrio sus helados miembros.

Del propio modo, cuando dos cisnes abandonan su lago, tan luego como observan los primeros indicios del precoz invierno, para preservar á sus hijuelos de las penetrantes brisas del Norte, y atraviesan el cielo de uno á otro confin, si su vuelo les conduce á un campo de batalla en que dos pueblos armados se destrozan las entrañas, oyen tambien rugir en la llanura ensangrentada las oleadas del combate y los gritos de los combatientes; observan los relámpagos de la polvora que hacen brotar el rayo de aquel crater viviente; ven horrorizados las aguas de aquel lago en que tanto les complacia bañarse, tintas en sangre, los globos de fuego que el salitre hace estallar socarran sus plumas hasta en las mismas nubes, y en aquellos campos de horror de los que no pueden alejarse, sus alas sin fuerza no osan ya palpar.



NOVENA VISION

Entre tanto el esquiife bajaba hácia donde rugía aquella tempestad horrible, rasando las cúspides sombrías de las altas torres, que por su gran número, y sus cimas aglomeradas en forma de agujas, de arcos ó de minarettes, parecian una selva de piedra en que los mármoles y granitos hubieran germinado por sí mismos, vegetando á modo de árboles: pirámides, altísimos palacios, puentes inmensos que descansaban sobre inmensos arcos; arcadas sobre arcadas erguidas sobre anchas plataformas y sirviendo de pedestal á monstruos enormes; obeliscos monolíticos, arrancados del seno de la tierra como una osamenta, que sin sostener nada iban aderezándose como una espada y se perdian como un ensueño en el seno de las atónitas nubes; acueductos en que mugía el río de caudalosas aguas, jardines aéreos suspendidos de mil arcos, cuyos gigantescos árboles, más altos que nuestras ideas, difundian sobre los palacios inconmensurables sombras; columnatas que seguian, cual una serpiente de bronce, los grandes pliegues del terreno desde las lomas hasta los valles, en que innumerables troncos de metal, prodigiosas plantas, ostentaban en sus copas follajes de acantos; jarrones en que humeaban piras de aloe para perfumar de noche la brisa de los palacios, ó deslumbradoras hogueras de llamas piramidales que, ondulando al viento, reverberaban en las losas.